

Instrucciones para un coleccionista de mariposas

Mariana Eva Perez
mariana.perez@uni-konstanz.de

Mariana Eva Perez se graduó en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires. Realiza su tesis de doctorado sobre dramaturgias de la postdictadura argentina en el marco del Proyecto de Investigación ERC "Narrativas del Terror y la Desaparición" en la Universität Konstanz. Sus áreas de investigación son memoria y teatro. Es también escritora y dramaturga. Sus obras de teatro se han publicado y representado en Argentina y en el exterior. Obtuvo el 4to. Premio Germán Rozenmacher de Nueva Dramaturgia del Festival Internacional de Buenos Aires. Trabaja en el campo de los Derechos Humanos y ha participado en proyectos que combinan activismo, investigación y artes.

Palabras previas de la autora

Instrucciones para un coleccionista de mariposas fue escrita para el ciclo 2002 de *Teatroxlaidentidad (Txí)*. Se estrenó en el Teatro del Pueblo (Buenos Aires), con dirección de Leonor Manso, asesoramiento dramaturgico de Patricia Zangaro, actuación de María Figueras, asistencia de dirección de Lala Mendía, diseño de luces de Héctor Calmet y realización de objeto (mariposa) de Alberto Negrín. Sobre la puesta de Leonor Manso y con dirección de Lala Mendía, se realizaron funciones en distintas salas de Buenos Aires en 2005 y 2006, siempre en el marco de *Txi*. En 2005, bajo la dirección de Rubens Correa, la obra se presentó en Madrid (*Txi España*) y Bruselas (*Festival Voix de Femmes*). En 2011, formó parte del festival *A Play, A Pie and A Pint* en Edimburgo y Glasgow.

Una primera versión de este texto se publicó en Valencia, Anabella et al. (2005): *Teatroxlaidentidad. Obras de teatro de los ciclos 2002 y 2004*. Buenos Aires: Abuelas de Plaza de Mayo y Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología. Tuvieron que pasar muchos años para que aquel texto pudiera ser revisado y corregido, aligerado del peso del deber testimonial y condensado en una dramaturgia más efectiva. La oportunidad llegó con las funciones que se realizaron en Buenos Aires y Paraná en 2010, que codirigimos con Larisa Rivarola a partir de la puesta original de Leonor Manso, y que contaron con la actuación de Larisa Rivarola y asistencia de dirección de Malena Levy. De ese trabajo surge esta versión definitiva, que fue la misma que Mike González tradujo al inglés para las presentaciones en Escocia.

Todos los artistas mencionados me ayudaron a transformar un testimonio en una obra de teatro, la primera que escribí y la que años después volvió a enseñarme lecciones de dramaturgia. Para todos ellos, en especial para Patricia, Leonor, María, Lala y Larisa, mi agradecimiento.

DOI: 10.7203/KAM.3.3766

Mariana Eva Perez

PERSONAJES

MARÍA

(Una gran mariposa azul. Una caja entomológica de madera, con tapa de cristal.

MARÍA manipula la mariposa mientras dice el texto de una carta que nunca escribe.)

MARÍA: En ninguna parte del manual lo dice pero no creo que se deba tomar la mariposa sin la pinza entomológica. Me gusta tenerla así, en la mano, y llamarla mariposa y no lepidóptero y sentir el placer de este pequeño sacrilegio de tocar algo tan frágil, tan tenue. No es que no me dé miedo, pero es mi primera mariposa y quería comprobar con los dedos que es real. Soy nueva en esto de coleccionar mariposas y todo lo nuevo presenta un cierto grado de dificultad.

Antes era fácil. Era así: un nudo tensándose en el pecho, palpitante, contra el esternón, un nudo que subía... y entonces en un papel cualquiera te escribía. El nudo se aflojaba, soltaba las lágrimas y me quedaba relejendo esa carta sin destino por un rato hasta que bueno, “a otra cosa mariposa”.

Era fácil. Bastaba imaginarte en brazos de mamá en la ESMA, tomando la teta, tan chiquitito, tres kilitos y pico de indefensión, y de pronto, en brazos de otros, de otra, esa otra hablándote de sí misma como “mamá”... y el llanto era automático.

Era fácil también porque tenía tu nombre, para llamarte a cualquier hora, para encontrarte siempre. Tu nombre que iba a ser mi nombre, porque esperaban un varón. Tu nombre y cómo íbamos a decirte, los tres: Rodolfito. No Rodolfo, Rodolfo era el amigo de papá que mataron a los veinte años. Vos eras Rodolfito. Y a joderse. Yo tuve la suerte de nacer chancleta, zafar de ese nombre de viejo verde y ser multiorgásmica como mamá.

Querido Rodolfito, dos puntos. Tu ausencia es lo único sobre lo que sé escribir. Te cuento sobre mi infancia huérfana de la tuya. Te hablo de nuestra escuela, de tu mano chiquita en la mía cruzando la calle, de mis guardapolvos que pasarán a ser tuyos porque, ¿sabés?, nunca, ni en el jardín ni en la primaria, me compraron guardapolvos de nena. Te hablo del paisaje de Belgrano que es el mío: la plaza grande y la de los juegos, el aliento frío de la iglesia y la recova, el dormitorio de Sarmiento en el museo. El mismo paisaje de noche, el calor, los mosquitos. El mismo paisaje después de la lluvia... y nosotros dos saltando charcos para poder trepar a las hamacas. La crema con almendras que prefería la abuela en la heladería de la vuelta. El submarino con vainillas que me convidaba el abuelo en el café de la cuadra. El olor del negocio de la esquina que era kiosco y compostura de calzado y que dejó mezclados para siempre en mi memoria el cuero, el pegamento y los chokolatines Suchard. Tengo que recordar todo para poder contártelo mañana. Tengo que recordar cómo te esperaba *feliz* cuando era chica, con la ilusión intacta.

(Cambio.)

Las mariposas tienen cuatro alas recubiertas de escamas microscópicas, eso lo dice cualquier libro. De lo que no hablan los libros es del temor angustiante del entomólogo o del aficionado a que esas cuatro alas se deshagan, como polvo, al más leve contacto con el aire.

(Cambio.)

“Querido Rodolfito, dos puntos. Cuando supe de tu existencia me invadió una profunda alegría, pero también me sentí triste por no tenerte a mi lado. Te cuento que yo soy María, tu hermana, y tengo nueve años”. Tenía nueve años y ya empezaba a ser “María, tu hermana”. Eran los ‘80 y las Abuelas encontraban un chico atrás del otro y vos siempre eras el próximo.

Tengo que recordar todo. Las lágrimas de bronca, de impotencia, que pude empezar a llorar después de la muerte del abuelo. Lágrimas que tragaba en silencio, porque la abuela dormía en la cama de al lado. Durante esos años no pude escribirte. Eras ese llanto para adentro y ese odio que se renovaba en el día de tu cumpleaños, en el día del padre, en el día de la madre, en Navidad, en Año Nuevo, cuando te imaginaba festejando con otros que te estaban mintiendo.

Siempre te busqué en las caras de todos los chicos que veía. Un día, me di cuenta que miraba chicos que ya se afeitaban y que nunca iba a llevarte de la mano a ningún lado, que mis guardapolvos ya te quedaban chicos, que tenías granos y te hacías la paja. Y que todo lo anterior se había muerto sin haber existido.

Entonces volví a escribirte, no para contarte que soy María, tu hermana y que “en casa todos estamos bien y te esperamos ansiosos”, sino para contarte quién deberías haber sido vos. Te envió las últimas postales desde la tierra imposible de nuestra infancia en común. El muñeco de Pinocho, que se perdió en la mudanza y que no vas a extrañar. El abuelo, que nunca va a comprarte revistas ni cañoncitos con dulce de leche, ni a gritarte que te laves las manos, ni a llorar porque te hizo llorar. La abuela haciéndote saltar las olas en Miramar, ese verano que conocimos el mar... que no conocimos el mar, que yo sola conocí el mar.

Tengo que recordar todo de los viejos y cuando me cuesta me obligo porque no es sólo para mí, es para vos, para vos que hoy no podés, pero que mañana vas a querer saber quién era realmente esa hija perfecta de la que habla la abuela, y que no pudo haber sido tan linda y tan inteligente y tan buena dibujante y deportista, con el único defecto de ser un poquito montonera. Vas a querer saber quién era realmente ese muchacho perfecto, que no pudo haber sido tan churro, tan

inteligente, tan buen músico, tan querido por todo el mundo, con la única manía inquietante de dormir con un arsenal bajo la cama. Vas a querer saber, y yo también quiero saber, qué mierda era ese “fervor montonero” del que habla el viejo en una carta del ‘77, del 28 de julio del ‘77, cuando yo tenía un mes de vida y la dictadura más de un año y a su amigo Rodolfo lo habían matado hacía ya tanto tiempo.

Pero ahora no. Cuando defendés a los que te robaron y nos cagaron la vida, no tengo ganas de contarte nada. Tengo miedo de que se manchen los viejos, como fotos antiguas, si tan sólo los mirás torcido. No quiero volver a defenderlos de vos, a explicarte que no te abandonaron para irse a hacer la revolución. No quiero defenderlos de vos porque no lo necesitan, no para mí y hoy siento que conmigo basta.

Yo los abrigo del frío de sus huesos insepultos, los abrigo en estos huesos míos. *Yo* soy la que aprendió a encontrar a mamá en la intensidad del sol sobre la piel, en el aburrimiento de las librerías de Corrientes, en los espejos del café La Giralda que ya no reflejarán nunca más su sonrisa sabedora de su propia belleza. *Yo* soy la que festeja los goles de Racing y llora, con lágrimas, la muerte de George Harrison porque papá no puede hacerlo.

Vos decís que si pudieras elegir, vivirías la misma vida con tus apropiadores. Yo reclamo para mí esta herencia hecha de contradicciones. Reclamo a papá intentando reengancharse con los compañeros en el ‘78 y a mamá intentando una vida más tranquila, en familia. Reclamo para mí, ya que a vos no te interesa, a la familia que fuimos, lo que de esta familia me contaron, lo que intuyo, ¡lo que invento!, lo que sé que conozco porque me duele en el centro de los huesos.

Eran mis padres, “mami” y “papi”, y yo fui su nena, aunque no lo recuerde.

(Pausa.)

Pero se los llevaron y yo quedé de este lado, del lado de la luz. Sola. Escuchando las voces de la sangre, los caballos desbocados que siento latir por mis venas. Piden, exigen, que te busque, que te encuentre, que te crea, que te deje entrar en mi vida con una confianza de hermanos. Mamá te llama en mis sueños, le grita a un milico vestido de fajina que vos te llamás Rodolfo y no cualquier otro nombre, ¡Rodolfo!, como el compañero que mataron. Mamá te llama en mis sueños y yo soy la única que escucha.

Yo, la de la historia gris, la que quedó de este lado, del lado de la luz, yendo a estrellarme a la luz despiadada de estas verdades como las polillas. Las polillas, que también son lepidópteros, de alas cenicientas o parduscas.

(Pausa.)

Nunca me sentí con derecho a quejarme demasiado. Cuando los antropólogos o los periodistas o los simples curiosos posan su lupa sobre mí y me preguntan cuándo me restituyeron, murmuro como una disculpa que no, que a mí nunca me llevaron, que no conozco los sótanos del miedo, que a mí me dejaron con mis abuelos y mis abuelos siempre me contaron la verdad.

“¿Tenés esperanzas de encontrarlo?” me preguntaban, y yo, aburrida, tenía que responder que sí, porque es lo que se dice, porque si no, ¿qué hacía yo en Abuelas, a la edad en la que las adolescentes tienen otras preocupaciones, más banales y más dulces que las mías?

(Cambio.)

Es imposible precisar qué colores componen este calidoscopio. Estaba segura de que esta mariposa era azul, con manchas de otros colores, pero azul. De pronto, la luz le da de lleno y parece negra. No sé qué hacer con vos, mariposa. ¿Qué voy a escribir ahora en la etiqueta?

(Pausa. Cambio.)

Querido Rodolfito, dos puntos. Hoy es 2 de junio y termina otra semana más sin que sepamos el resultado de un análisis genético que puede cambiarlo todo, y cuando digo todo, digo *todo*. Te escribo, como siempre, pero ya no sé a quién le escribo. Hay un chico altísimo que vende panchos en la estación de San Miguel, que se ríe con una sonrisa que me conmueve inexplicablemente, torpe, como yo, de pies grandes, como yo, que tiene un remolino en el pelo, igual que yo, que nació días después que vos, Rodolfito mío, hermanito mío, que es hijo de un milico de la misma fuerza que nos quitó a los viejos, que hace más de un mes me pregunto si es mi hermano, si sos vos. Me despierto: “¿sos?”, “¿no sos?”, me atraganto el desayuno con la misma pregunta, desoigo la clase de la facultad con la misma pregunta, veo oscurecer el cielo blanco de otro día de lluvia y es un día menos hasta que la pregunta, puntual como un reloj, me despierta a la mañana. ¿Sos? ¿No sos? Te escribo que yo estaba cómoda como el fakir sobre su cama de clavos y que le temo a esta esperanza terca que me acosa mientras esperamos, el chico alto y yo, que la sangre diga lo que tiene para decir. ¡Pero la sangre ya dijo! Sonreíste y la estación desapareció, te peinaste el remolino, este remolino, y me

olvidé del verso institucional y te solté que podías ser mi hermano. Y vos viniste a hacerme el análisis. No pensé, el cuerpo se me fue solo hacia el tuyo y me equivoqué todo lo que hizo falta, y vos también.

Y lloré por cada cicatriz que el chico alto se había hecho sin mí.

Pero te escribo y no sé a quién le escribo. Algo irrumpió en mi vida y no tengo derecho a quejarme, porque encontré a mi hermano al que tanto buscaba. Algo irrumpió en mi vida como un elefante en un bazar, como bien decís vos. Te escribo, pero no sos Rodolfito, ese bebé del que sé todo lo que se puede saber, tu nombre, tu peso, tu pelito rubio, tu ombliguito que había cicatrizado antes de que los sacaran con mamá de la ESMA. Tampoco sos el Rodolfo que temía, un chico con jeans Levi's tomando un trago en la barra del boliche de moda, orgulloso de su estirpe militar, que iba a mirarme por encima del hombro porque soy una zurdita de mierda que escucha Mano Negra y estudia en la UBA.

Sos el panchero que atiende el puesto de la estación de San Miguel.

Sos el chico alto del remolino en el pelo y la sonrisa completa con la que *yo* sonrío ahora que me saqué la ortodoncia.

Sos el cabezón que no quiere entender que no puedo parar a la Justicia, que no supo encontrarte, pero que ahora metió en cana a tus apropiadores.

Sos ese necio que no quiere entender que aunque pudiera, y no puedo, tampoco querría que no paguen sus culpas, por más que los ames como a nada en el mundo, porque se robaron todo: tus primeras palabras que debieron ser mías, tus dientes de leche, tus lágrimas en el entierro del abuelo, tus primeras sábanas sucias, el vals de mi fiesta de quince, una pelea cualquiera un día cualquiera.

Cuando mentís o sos cruel, te odio. Pero con un odio que pasa a través tuyo como si no existieras. Odio lo que tus apropiadores hicieron de vos. Odio ver a la abuela sufrir por tu culpa y odio tus putos tiempos que no corren a la misma velocidad que el tiempo de ella. Te odio porque me resultás tan extraño y tan diferente de mí que no soporto la idea de que seas lo que más se me parece en la vida.

Durante mucho tiempo no nos vimos, porque vos no querías verme. Y yo tampoco quería verte, porque me harté de que me culpes de que porque te busqué y te encontré, ahora resulta que te cagué la vida. ¡Me harté!

Las voces de mamá y papá están calladas. Pero si antes sus voces, urgentes, me acompañaban, ahora no me siento sola en el silencio. Es un silencio como de domingo a la mañana. De mí no van a desaparecerlos nunca. Y de vos tampoco. No importa lo que hagas. Pero ahora que sabés no tenés excusa. Estás eligiendo otro nombre que no es Rodolfo y otra familia y otra vida, y hacete cargo de eso.

Pero hoy me llamaste y yo te abrí la puerta de mi casa. Engordaste. Temo que rompas las sillas con sólo mirarlas. No, no sos mi hermanito, sos un tipo que mide

un metro ochenta y seis y calza 45 y medio, y son mis manitos las chiquitas al lado de las tuyas.

Y decís que querés darle una nueva oportunidad a lo nuestro, pero insistís en que sos el mismo que cuando no sabías y en que estás arrepentido de haberte hecho el análisis de sangre. No sé qué hacer con vos.

(Pausa.)

Esta mariposa es hermosa, pero está muerta. No es ni la parodia de una mariposa viva. No tiene nada que ver con el vuelo ni con las flores.

(Hace una pausa. Comienza la lenta acción de dejar la mariposa en la caja entomológica, que concluirá al mismo tiempo que su monólogo.)

Tus manos contundentes hoy limpiaron mi mesa después del almuerzo. Tu cuerpo me parece inmenso en mi cocina, en mis sillas flojas. Me parece que no entrás bajo mi techo. No sé qué hacer con vos, que te movés como un elefante en un bazar entre las cosas más preciadas de mi vida.

No sos Rodolfito, simplemente porque Rodolfito no es nadie más que yo, yo cuando solamente sabía ser tu hermana. No es fácil, pero tengo que dejar que Rodolfito se aleje y te haga lugar a vos, el chico alto de las mil cicatrices de un pasado sin mí.

Te dije una vez que eras mi vida. A Rodolfito, mi hermanito, el hijo robado de mamá y papá que era mi vida cuando mi vida era tu ausencia, puedo dejarlo clavado acá, con un alfiler, como a esta mariposa. Y que se quedé acá, al amparo del cristal, en silencio.

APAGÓN